

Feldman, Joseph.

Cuando el Estado elabora el pasado. El Perú de posguerra y el lugar de la memoria.

La Siniestra Ensayos, 2022, págs. 286.

Cuando el Estado elabora el pasado es un llamativo análisis antropológico sobre la elaboración y fundación del museo de la memoria “Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social” (LUM) en Lima, Perú. Joseph Feldman logra retratar impecablemente la importancia del museo de la memoria para la historia política, cultural y social del Perú contemporáneo. Uno de los argumentos centrales que desarrolla el autor consiste en que “las relaciones entre el LUM y varios sectores estuvieron marcadas por prácticas de control y regulación de diversas memorias acerca de la violencia, en las que la aceptación de la legitimidad de los grupos como participantes en el proyecto del museo nacional venía acompañada con frecuencia de escepticismo o, incluso, rechazo absoluto hacia las perspectivas y visiones que estos expresaban” (40).

El libro se estructura en seis capítulos. El primero de ellos corresponde a un capítulo contextual acerca del período de guerra en Perú en que se explica la profundidad histórica de Sendero Luminoso, el surgimiento del MRTA, la aparición de la comisión de verdad y, finalmente, los conflictos que envuelven las primeras discusiones sobre la construcción del museo de la memoria en Perú en el gobierno de Alan García, donde Mario Vargas Llosa se convirtió en un mediador importante para que en el año 2009 se decidiera comenzar a construir el museo (71). Para los objetivos analíticos del texto, la figura de Vargas Llosa predomina como un primer referente de mediación entre el Estado, los militares y la sociedad civil. Feldman menciona también las dificultades económicas que acarreará el proyecto en sus inicios, como en toda su elaboración, destacándose la importancia del fi-

nanciamiento extranjero, debido a la falta de apoyo estatal. Esta última idea será mencionada durante todo el texto, como un problema permanente mas no central para el análisis del autor.

El segundo capítulo analiza las tensiones existentes respecto a la memoria en el Perú posconflicto, utilizando herramientas teóricas de otros espacios de memorialización a nivel global. Para poder acceder a estas tensiones, Feldman se enfoca en la figura y las reflexiones de Fernando Carvallo, nombrado director del LUM en 2010. Para Carvallo, su rol consistía en asegurar las relaciones entre LUM, Estado, asociaciones de derechos humanos, ONG y asociaciones de víctimas, en concordancia con colectivos intelectuales y artistas. Ya desde ese momento, dice Feldman, se comenzaba a pensar el Museo como un espacio cultural, algo que se enfatizará posteriormente (96).

Para ayudar al análisis de Carvallo, Feldman destaca el capital cultural y social del personaje. Así, se describe el lado internacionalista del director del LUM al igual que sus distintas “excentricidades”. Una persona que había trabajado en Francia, que en un inicio se negaba a utilizar automóvil en Perú, aun viviendo en el sector de Miraflores, y que, perteneciendo a la clase acomodada limeña, desarrollaba

su propia forma de vestir y hablar. Carvallo, en palabras de Feldman, podía reflexionar sobre la sociedad peruana contemporánea, al igual que ejemplificar casos de memoria en Camboya y Nepal, y encontrar diferencias entre la sociedad europea y las particularidades del Perú contemporáneo que no esquivaban cierto dejo de prejuicios aspiracionales (europeos) en la búsqueda de una nación posconflicto moderna y “respetable” (113). Carvallo, enfatiza Feldman, se convertiría en ambos, la piedra de tope y un puente entre el Estado peruano y las asociaciones de víctimas del conflicto peruano para la creación discursiva de la memoria que perseguía el LUM.

El tercer capítulo se enfoca en los debates sobre la CVR (Comisión de la Verdad y Reconciliación) y *Yuyanapaq*, la muestra fotográfica que acompañó el informe de la comisión de la verdad. Feldman intenta identificar los distintos desacuerdos que impidieron la incorporación de *Yuyanapaq* al LUM y que, a la vez, consolidaron la idea del museo de la memoria como un proyecto primordialmente post CVR (117). El autor destaca la posición en contra que tuvieron las autoridades militares, promotoras de una “memoria de salvación”, con respecto a la muestra. Para ellos, la muestra fotográfica no reflejaba su interpretación sobre la salvación de Perú a

partir de la derrota de Sendero Luminoso y el MRTA, proporcionada por el gobierno de Fujimori (121). Pero no solamente las discrepancias con el informe final provenían desde el lado militar. Dentro de la comisión de Alto nivel existieron diferencias sobre cómo acercarse al informe final de la CVR y *Yuyanapaq*. Como ejemplo, Fernando Carvallo expresaba que quienes defendían *Yuyanapaq* querían solamente repetir el trabajo ritual de la CVR en el LUM, sin importarles que quienes se oponían o eran indiferentes al LUM no cambiaran su posición. La tensión entre las víctimas sobrevivientes y las fuerzas armadas sería, Feldman concluye, el eje central que construiría la identidad posterior de la CVR y la inminente aparición del proyecto de museo de la memoria. En esto se enfoca Feldman en el siguiente capítulo, los encuentros del LUM con las víctimas-sobrevivientes y las fuerzas armadas.

Feldman, en el capítulo 4, utiliza la figura de Heeder Soto, el fundador de la juventud ANFASEP (Asociación Nacional de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú), para analizar cómo existió una relativa ausencia de diálogo entre organizaciones de víctimas y el LUM (150). Soto, en sus conversaciones con Feldman, enfatizaba una crítica profunda al acercamiento

del LUM con las fuerzas armadas, contraponiéndose a la lejanía con las víctimas de la violencia estatal. Para Heeder Soto, el museo hablaba de estar a favor o de dialogar con las víctimas, pero dejaba de lado el relacionarse directamente con ellas (154). Es así como Diego García Saayán, perteneciente a la comisión de Alto nivel del LUM, reconocía que los ideales militares de heroísmo y valor debían tener un espacio en la exhibición permanente, y muchos en el LUM veían la inclusión de tales temas como una forma de contención pragmática en términos políticos (171). Finalmente, se entendió que la experiencia de primera mano del sufrimiento de los soldados no era contradictoria con los objetivos del LUM, aunque la atención a este tema, dice Feldman, generó preguntas sobre las diferencias morales entre los daños infligidos a soldados y los infligidos a civiles, así como sobre las enormes asimetrías de poder entre las organizaciones de víctimas y las fuerzas armadas en cuanto a su influencia en la sociedad peruana (172). Estas disputas se intensificaron al comenzar a delinear el guion del museo, lo que Feldman analiza en el siguiente capítulo.

El capítulo 5 examina el proceso participativo del LUM y los debates iniciales en torno al guion museográfico. Feldman argumenta

que, pese a que participantes y comentaristas críticos cuestionaron las actividades de participación del LUM, estas instancias cumplieron un papel importante en cultivar la imagen del museo como una institución que podía gestionar memorias divergentes sobre la guerra de una manera hábil, democrática y, por lo tanto, fidedigna (175). Feldman resalta la importancia de la contratación de los científicos sociales Ponciano del Pino y José Carlos Agüero como mediadores entre la sociedad civil y el museo. Ellos presentaron un informe argumentando el valor de tomar en cuenta los aportes de grupos directamente ligados al periodo de violencia política en Perú (179). Finalmente, Feldman comenta que las conclusiones de estos académicos no fueron completamente consideradas para el guion final.

Para el guion fue contratado Miguel Rubio, quien estableció como tema central del museo “Una memoria en construcción”, y siguió meticulosamente los lineamientos de la comisión de Alto nivel en su informe de 2012. La pregunta fundamental para el guion fue ¿cuándo comenzó y cuándo terminó la violencia? y, específicamente, ¿cuáles fueron las causas del conflicto? Estas preguntas las había respondido la CVR, pero el nuevo contexto político intentó resignificarlas. Para los

entrevistados por Feldman, el objetivo final del museo fue producir unidad nacional al igual que crear un lugar cultural plural más que un museo rígido y con verdades específicas. El esfuerzo de participación popular intentó reflejar lo anterior. En el caso del guion “memoria en Construcción” las víctimas-sobrevivientes de Ayacucho no se sintieron convencidas con el planteamiento, prefiriendo que se proporcionara nombres de víctimas y causas de la guerra (191). En el siguiente capítulo, el autor repasa los comentarios de las Fuerzas armadas y las asociaciones de víctimas al no sentirse identificadas, ni propiamente consultadas sobre el guion final, previo a la inauguración del museo.

Es así como Feldman llega al capítulo 6, con una exploración sobre cómo todos los años de debates (2009-2015) finalmente se canalizaron en el producto final que es la inauguración y muestra del LUM. Así, el autor se centra principalmente en la forma en que se incorporaron al museo: la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) y *Yuyanapaq*; las representaciones de la condición de víctima; y la incorporación de las perspectivas de las fuerzas armadas (207-208). Feldman observa que el borrador del guion final se realizó antes de consultarlo con las diferentes organizaciones de derechos humanos

y representantes de las fuerzas armadas. Este guion se aprobó por la comisión de Alto nivel del museo y luego fue consultado a la sociedad civil. Así, los representantes de las fuerzas armadas expresaron su desaprobarción frente a la decisión del equipo curatorial respecto del uso de la palabra “terrorismo” en la exhibición permanente. El equipo curatorial había decidido emplear el término para describir acciones, en lugar de para referirse a individuos o a una época específica (222). De esa misma forma, distintas organizaciones de derechos humanos e intelectuales relacionados con los derechos humanos mostraron su crítica a lo que llamaron un “retroceso” por parte del LUM en mostrar la reivindicación de víctimas por parte de las fuerzas armadas, mientras que para los miembros o extrabajadores del LUM este tipo de perspectivas representaron puntos de diferencia con la CVR de forma positiva.

Feldman concluye que para el LUM las víctimas-sobrevivientes, los representantes de las fuerzas armadas y los defensores de *Yuyana-paq* se construyeron como interlocutores valorados pero subjetivos, en un proceso que a menudo fue adoptado a través de un lenguaje autorizado de inclusión y apelando a principios y normas internacionales (243). Así, a lo largo del libro,

Feldman muestra cómo las ideas de objetividad y neutralidad siguieron siendo importantes en las discusiones acerca de cómo representar la violencia.

Si bien el análisis de la creación del LUM a través de los encuentros con personajes claves en el debate político social de Perú es profundo y enriquecedor, las comparaciones del caso de estudio con otros ejemplos en Latinoamérica no convencer lo suficiente. Las referencias historiográficas de Chile, Argentina o Guatemala reflejan un conocimiento de los autores “clásicos” o, mejor dicho, más renombrados en términos de memoria y archivo para esos casos de estudio. Sin embargo, estas referencias no reflejan un debate profundo con la academia latinoamericana o incluso estadounidense que vaya más allá de conocer la bibliografía básica al respecto; destaca, en este sentido, el conocimiento de investigaciones sobre Canadá y Estados Unidos respecto a ejemplos provenientes de los *Native American Studies*, el que sí logra tener una perspectiva enriquecedora y más sustanciosa.

Lo anterior se refleja también en la primacía de la antropología para el análisis teórico metodológico de memoria y musealización (con autores como James Clifford). Sin pretender omitir la importancia y pertinencia de la bibliografía uti-

lizada, ni mucho menos ser injusto con el intenso trabajo de investigación desarrollado por Feldman, cabe preguntarse: ¿profundizar en una bibliografía interdisciplinaria y transnacional, en términos latinoamericanos, podría fructificar el análisis ya realizado? Si la respuesta es positiva, ¿cómo? Tiendo a pensar que una lectura de autores provenientes de la crítica literaria y estudios culturales (ejemplos como Nelly Richard, Diana Taylor o el brevemente citado Michael Lazzara, entre otros), o incluso las últimas reflexiones sobre casos no muy comunes como lo es el de la historia del tiempo presente en México (con autores como Eugenia Allier o Camilo Vicente Ovalle) le permitirían a este texto más que posicionarse como una “novedad”, mostrarse

como un aporte dialogante para el estudio de memoria y/o musealización en el contexto académico latinoamericano; al igual que, y tal vez más importante, en el contexto político post Comisiones de la verdad en el que se encuentran actualmente países como Chile, Argentina y (muy recientemente) Colombia, donde el revisionismo ha penetrado los medios de comunicación con discursos de reescritura profunda de consensos obtenidos en el pasado reciente con respecto a la violencia política Estatal.

Francisco J. Ulloa García

University of California, Davis
Estados Unidos

 [0009-0008-9491-6517](https://orcid.org/0009-0008-9491-6517)